

TKX NO CONTESTA

Carlos Álvarez

El jefe de máquinas se precipitó hacia el camarote del capitán agarrándose como podía a las paredes del pasillo, zarandeado en medio de la tormenta. Abrió la puerta bruscamente, sin pedir permiso, y gritó: *“¡Señor, vía de agua en sala de máquinas! ¡No se puede reparar!”*

El capitán se puso de pie de un salto y corrió hacia el camarote del telegrafista, que estaba a pocos metros del suyo, entró y le ordenó, haciéndose oír por encima de los mil ruidos: *“¡Lanza un S.O.S.! ¡Vía de agua! ¡Nos hundimos!”*. Y el telegrafista empezó a teclear sobre su aparato transmitiendo el angustioso mensaje de ayuda, una y otra vez, sin detenerse, indicando además su posición aproximada.

En algún sitio en medio del océano otro telegrafista captó el mensaje y se lo entregó a su capitán, quien después de leerlo ordenó inmediatamente cambiar el rumbo para acudir en ayuda del barco y dirigiéndose al telegrafista le dio instrucciones de contestar a la señal y de mantener el contacto de forma continua. *“¿Cuál es la clave del barco? TKX, Señor”*.

Y se inició una lucha contra los elementos tratando de llegar a tiempo para salvar a la tripulación del TKX, cuyos mensajes eran cada vez más angustiosos, hasta que en un momento dado la señal se perdió. El telegrafista insistió una y otra vez hasta que, abandonada la esperanza, se dirigió al capitán y con voz emocionada le dijo: *“Señor, TKX no contesta”*. El capitán asintió tristemente con la cabeza y dio orden de retomar el rumbo anterior.

Esta historia resumida y probablemente distorsionada por perderse en mi memoria es la de una película, “TKX no contesta” que mi padre, Julio Álvarez, entusiasmado por haber encontrado una forma nueva y distinta de poder cultivar su afición por el cine gracias a una sociedad recientemente creada, el Cine Club Rentería, me contó cuando yo era un niño.

Nos situamos en –aproximadamente– hace cuarenta años, donde muchas cosas no eran como las actuales, cuando, entre otras cosas, las posibilidades de ocio asequible en un fin

de semana eran bastante escasas además de estar limitadas por costumbres o normas al uso de la época, donde el cine era una de las pocas alternativas existentes habituales. Cuando existía en el Reina el “abono”, por el que desde el otoño a la primavera uno se apuntaba siempre a la misma hora, siempre a las mismas butacas para ver la película que tocara, siempre con los mismos vecinos de asiento, sin opción de elección, salvo la de no ir y perder la entrada. Cuando los hijos de los “abonados”, bueno, algunos, íbamos a “los Luises”, un poquito más allá, para ver también lo que tocara, si bien teníamos opción a escoger la silla. Cuando, mientras nosotros veíamos “La mula Francis en las carreras”, nuestros padres veían “Las nieves del Kilimanjaro”.

Una alternativa a esa rutina surgió allá por el 1959. Un grupo de amigos cinéfilos, con el apoyo de algunas de las fuerzas locales, o sea, el párroco y el alcalde, se lanzó a la caza de aficionados hasta que a finales del mismo año se consiguió una cifra suficiente de socios para poder formalizar la constitución de la nueva sociedad que celebró su primera asamblea a primeros de 1960 siendo Luis Buselo su primer presidente.

Comenzó una bonita lucha por la supervivencia en tiempos difíciles. Dificultades económicas debido a que el número de socios era el justo y a que las economías no daban para más, unido a la escasez o inexistencia de subvenciones. Dificultades para conseguir películas, tanto por su coste de alquiler elevado como por la complejidad de lograr que llegasen en forma y plazo ya que el DHL o el Seur estaban lejos de inventarse todavía y había que recurrir a veces a servicios “especiales” de la RENFE. Dificultades después, debidas a la existencia de una censura de tintes políticos y religiosos que obligaron en alguna ocasión a cambiar programas previstos..... entre las protestas de más de un aficionado.

A pesar de ello, de la inexistencia de un local social propio, las reuniones eran en el Salón Parroquial y las proyecciones en el Cine Alameda, de la necesidad de trabajar dedi-



Brujas. Junio de 1990

cando horas de descanso a ello, el Cine Club Rentería fue creciendo y asentándose. Para introducir las películas se contaba con la colaboración de presentadores que además después de la proyección dirigían el coloquio, donde se trataba no sólo de profundizar en los aspectos técnicos, estéticos o ideológicos de los filmes exhibidos, sino también de formar a los asistentes en la cultura cinematográfica en sesiones conocidas como Cine Fórum.

Hay quien dice que la democracia se ensayó en aquellos debates ya que en los mismos, y con la excusa o motivo de analizar las películas presentadas, se hablaba de todo lo posible, de lo permitido y de lo prohibido, quizá abstrayendo en dichos análisis los problemas reales que la sociedad de la época tenía. Bueno, más bien se hablaría de "casi todo", ya que la asistencia casi fija a las sesiones de un "infiltrado" gubernamental para evitar los desmanes políticos y la del consiliario, éste con puesto en la Junta Directiva, para evitar a su vez los desmanes de índole religiosa, es probable que cohartasen de alguna forma la libertad total de expresión. El cargo de consiliario lo desempeñó inicialmente Don Antonio Munduate, mientras que el del infiltrado no figura registrado en los anales.

Todo ello implicaba un trabajo y a ello se aplicaron los directivos del Cine Club. A Luis Busselo le siguió como presidente José Antonio Olascoaga y luego, por tres periodos bianuales consecutivos, Julio, tras haber sido vocal con Busselo y vicepresidente con Olascoaga, y manteniéndose después como asesor otro

periodo más hasta completar doce años de trabajo. Es decir, con la excepción de Luis Busselo que figuró como Presidente Honorario en todas las directivas, Julio fue probablemente la presencia más constante y duradera en la directiva del Cine Club. Sin olvidar a Maite Mitxelena y a María José Sánchez, que aunque no fueran la cara más visible aportaron su entusiasmo y trabajo en muchas directivas.

El que una persona haya desarrollado esa labor durante tanto tiempo en una socie-

dad de este tipo en una población del tamaño de Rentería podría haber sido probablemente motivo suficiente para hacer un pequeño recuerdo en su nombre. Sólo que además en el año 1964, con Julio de Presidente, surge la idea de organizar un concurso de cine aficionado para películas rodadas en 8 mm.

Hoy, con el vídeo y otras técnicas más sofisticadas al alcance de la mano, resulta un poco difícil imaginarse qué era el cine que se hacía por los aficionados en 8 mm y luego en el Súper 8. Poco material y caro, películas en celuloide, frágiles, con una banda sonora que era como una estrecha cinta blanca longitudinal con una notoria tendencia a desprenderse, técnicas de rodaje, montaje o sonorización casi totalmente artesanales,..... y una gran afición como componente más imprescindible para poder sacar adelante unos cuantos minutos de película.

La idea cristalizó en 1965 en el primer Certamen de Cine Aficionado en 8 mm, con carácter provincial, con el mérito de ser el primero que se celebraba de este tipo en España, superando todas las dificultades técnicas, legales, organizativas y logísticas con sobresaliente y con el premio de obtener una amplia participación, con obras de calidad, así como una gran afluencia de aficionados a las proyecciones de los trabajos que se desarrollaron en el Cine Alameda cuya empresa prestó una entusiasta colaboración.

Visto el éxito se repitió nuevamente al año siguiente, con mayor resonancia y ya al tercer

año se amplió la participación fuera de la provincia, asistiendo aficionados de Cataluña, Madrid, Valencia,... con un nivel de concursantes igualmente creciente tanto en número como en calidad, los cuales luego pasearon su ilusión y experiencia en otros concursos, tanto en 8 mm como en otros formatos, incluso fuera de nuestras fronteras, llegando a lograr premios en los Festivales de Cine de San Sebastián y Cannes y alcanzando con ello el nombre de Rentería una amplia difusión.

A alguien se le ocurrió que había que bautizar a los premios y ¡qué mejor que hacerlo con el nombre del de "Óscar"! con el evidente objetivo a medio plazo de hacer sombra a sus homónimos de Hollywood. Sólo que a algún crítico desaprensivo y probablemente a sueldo de la CIA tal denominación le mereció una encendida crítica que tuvo el atrevimiento de publicar en un diario. La respuesta fue inmediata: en el mismo medio y con la contrapropuesta de denominarlos "Oscarines". No obstante, y no existiendo ninguna reclamación norteamericana oficial posterior, se optó por mantener el de "Óscar" para las siguientes ediciones.

El año 1971 Julio deja la directiva, pasando a ser nuevamente un simple aficionado. Coincidiendo con esas fechas se empiezan a producir cambios importantes en las posibilidades de ocio y en los modos de vida, se incrementa el nivel adquisitivo, se empieza a viajar, se comienza a vislumbrar la posibilidad de cambios políticos importantes,... la sociedad acelera su proceso de evolución y ello afecta de forma notoria a la actividad y a la posibilidad de supervivencia de todo tipo de asociaciones culturales existentes y el Cine Club Rentería no escapa a esta epidemia.

Las sesiones de Cine Fórum languidecen, es más difícil encontrar gente suficiente dispuesta a sacrificarse y trabajar en una directiva por pura afición mientras que por contra el Certamen de Cine Aficionado se mantiene pujante unos años más hasta el punto en el que es el propio Ayuntamiento el que en 1973 toma el testigo, pero ese año es el de la última edición. Mientras tanto el Cine Club entra en un periodo agónico hasta cesar su actividad y desaparecer allá por el año 1976.

Esos años en los que Julio pilotó el Cine Club y por ende el Certamen me aportaron una serie de experiencias nuevas. No sólo descubrí que existían dólmenes en un lugar para mí entonces desconocido llamado Aguiña (Agina), en mitad de la niebla en una excursión que el Cine Club organizó, sino que me introdujo de la mano de Lerma en la maravilla de Ordesa y en la cautivante música de la Suite del Gran Cañón de Ferde Gofré con su película "Lau urtaroak" (Las cuatro estaciones), me deleitó con el "Hilo de Seda" de Quintana y Bernal, con los Pekenikes en la banda sonora, hoy todavía una de mis músicas preferidas, me descubrió a Lertxundi en "Lorettoa" y "Gazte Sentimental" de Franco. Y me permitió ser cameraman aficionado, jugando con tomavistas y proyectores y haciéndome sentir un John Ford en potencia.

Experiencias personales aparte, Julio tuvo la suerte de estar ahí en el momento adecuado, tuvo el premio de la satisfacción de recoger los frutos que da la constancia al trabajo particular y colectivo y pudo disfrutar de la ayuda y compañía de una serie de amigos aficionados que formaron un equipo que permitió no sólo sacar adelante a una sociedad sino además potenciarla y llevarla lejos de nuestras pequeñas fronteras municipales. Algunos de sus nombres los he citado, quizá por ser aquellos con los que más contacto tuve, el de los demás están en los archivos del Cine Club que, afortunadamente, Esteban los Santos pudo salvar y entregar al Archivo Municipal de Rentería para su custodia.

De esto ya hace bastantes años y ahora, en el 2002, cuando se cumplen aproximadamente 30 del final de aquellas experiencias me ha parecido oportuno recordarlas. Hace unos meses, en febrero, Julio cayó de repente enfermo. A finales de abril, una noche mi hermana que le estaba acompañando en el hospital oyó el silencio. Se acercó y le llamó, pero Julio no contestó.

Con él se silenció una pequeña parte de la historia de Rentería y a los demás nos quedó, con el recuerdo, el levantar tristemente la cabeza y la necesidad de retomar nuestros rumbos anteriores.